

Jessica L. Goldberg, *Trade and Institutions in the Medieval Mediterranean. The Geniza Merchants and their Business World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, XXI + 426 pp.

A la hora de explorar la economía medieval, las fuentes disponibles no siempre permiten efectuar la clase de análisis estadísticos que los historiadores económicos quizá desearían llevar a cabo. Así lo apunta la autora del presente volumen (p. 75), quien demuestra a lo largo del mismo, sin embargo, que conjuntos documentales tan ricos como los de la Geniza de El Cairo sí pueden proporcionar abundantes datos cifrados, concernientes a la citada economía del Medioevo. De hecho, la obra de Jessica L. Goldberg supone una nueva y muy interesante contribución al estudio de estos fondos de la Geniza, observando las noticias que brindan sobre comercio y mercaderes y lo que estas aportan a tres campos básicos de la investigación: la economía institucional, la historia económica medieval y la historia mediterránea.

En este contexto, dos conceptos fundamentales inspiran los argumentos del libro y sirven para dividirlo formalmente y titular las dos grandes partes de las que consta: instituciones y geografías. El primer concepto centra la parte I de la publicación (pp. 31-184), donde se subrayan las estructuras que definían las posibilidades de acción de los mercaderes examinados por Goldberg en los documentos de la Geniza: son operadores de origen judío, asentados mayoritariamente en espacios islámicos del Mediterráneo oriental durante el siglo XI. Entre esas estructuras se hallan justo las instituciones y otros elementos que apoyaban o limitaban la actividad comercial (transportes, sistemas de transmisión de informaciones, normas legales o nociones sociales, por ejemplo). De esta manera, y siguiendo una línea interpretativa muy consolidada, se asumen los intercambios como un problema institucional (p. 357) y se buscan las interacciones producidas históricamente entre las propias instituciones y la economía. No obstante, estas cuestiones son discutidas en el volumen con el objetivo final de preguntarse cómo los aspectos estructurales enmarcaban la proyección territorial de los mercaderes y cómo ayudaban a establecer regiones integradas y conexiones interregionales. Según declara la autora, lo geográfico se convierte así en el núcleo esencial del libro (p. 22), tal y como se justifica con amplitud en su parte II (pp. 185-336). Aquí, Goldberg analiza el diseño de la organización de los mercados estudiados, a partir del movimiento de noticias, bienes y personas por el Mediterráneo islámico, en especial entre Egipto y la zona que las fuentes de la Geniza denominan «al-Shām», equivalente a grandes rasgos a los modernos Siria, Líbano, Israel y territorios palestinos.

Todo ello queda expuesto para una cronología muy determinada, que abarca desde alrededor del año 1000 hasta la década de 1080. En este periodo son distinguibles dos fases: 1000-1040 y 1040-1080. Ambas responden a la actuación de las principales generaciones de mercaderes consideradas en la obra: la de los grupos de Ibn 'Awqal (en la primera fase) y de Nahray (en la segunda). Tales grupos son llamados de este modo por el nombre de los operadores, instalados en Egipto, en torno a quienes se tejieron importantes redes de relación familiar, de amistad y de negocios; de ellas han llegado hasta nosotros, además, gran cantidad de textos con contenido comercial. Pero, entre las dos generaciones, cabe apreciar asimismo un cambio de geografía económica. Los mercaderes de Nahray, a mediados y finales del siglo XI, intervinieron en un escenario alrededor de Egipto más limitado, aunque también más densificado, lo que debe vincularse con razones diversas, como las opciones estratégicas de los agentes ante ciertas condiciones de inestabilidad e inseguridad verificadas entonces en otras áreas mediterráneas.

La base demostrativa del conjunto señalado de afirmaciones se asienta sobre una selección de aproximadamente 900 documentos. La inmensa mayoría, unos 700, corresponde a cartas comerciales. Todos figuran detallados en el prolijo elenco de fuentes manuscritas que se reproduce en las páginas 366-395. Acerca de estos documentos, como en general sobre los fondos de la Geniza cairota, destaca el constante cuidado de la autora en precisar sus características, la tradición de estudios que se han ocupado de ellos, los motivos que la han llevado a escoger los registros mencionados y, en particular, la representatividad o los límites que estos poseen para plasmar la vida mercantil del Mediterráneo del siglo XI. En estos puntos se detiene el volumen ya durante su introducción inicial (pp. 1-29), pero también a lo largo de otros capítulos (como en las pp. 56-92 de la parte I o 187-210 de la parte II). Las conclusiones que se obtienen de semejante preocupación heurística, referidas en especial a las cartas comerciales, prueban que las series de la Geniza ofrecen visiones fragmentarias de la realidad, lo que no desacredita ni su gran riqueza informativa ni su potencialidad a la hora de iluminar sobre todo los cómo y el qué de la economía y los tratos mercantiles ejecutados sobre mayores distancias.

Gracias justamente a esta riqueza y potencialidad, Goldberg puede aplicar sobre sus documentos ciertos métodos que permiten combinar aproximaciones cuantitativas y cualitativas. El más sugerente me parece el denominado «análisis de contenido» (*content analysis*). Como queda explicado en las páginas 76-77, este consiste en codificar las frases y expresiones de las fuentes como pertenecientes a categorías de interés, para extraer luego por ejemplo, recurriendo a los instrumentos informáticos oportunos, estadísticas de los porcentajes de cartas que contienen citas de cada clase de argumento o de los porcentajes del contenido de cada carta dedicados a un tema concreto. La autora introduce este procedimiento fundamentalmente sobre una muestra representativa de 140 cartas comerciales. Así se aprecia con claridad en las páginas 77-91 y en otros lugares de la obra. No obstante, en ella se emplea también de manera dispersa, aunque quizá más difuminada, un segundo método de relieve: el prosopográfico. Este sirve para resaltar la individualidad de los mercaderes investigados, que son al fin y al cabo los grandes protagonistas del libro. Pero el número de estos (más de 150 en la genera-

ción de Ibn 'Awqal y de 400 en la de Nahray) posibilita extraer una caracterización colectiva, en el sentido de considerar que, para dichos mercaderes, de nuevo por ejemplo, su nivel económico y sus oportunidades comerciales dependían del balance entre varios elementos: la posición y las conexiones de cada agente en la economía regional, su condición dentro de la comunidad mercantil local, su prestigio en cuanto a pericia y conocimiento, la cantidad y la profundidad de sus vínculos en las respectivas redes grupales y su riqueza en comparación con otros colegas.

Estas últimas ideas son escritas contraponiéndolas a las percepciones que suelen definir a los mercaderes como «grupo natural», es decir, determinados por cuestiones de familia, origen, religión o etnia. Estas son importantes. Pero, para Goldberg, deben complementarse con el papel que la interacción entre operadores, las relaciones de confianza y reputación y los lazos establecidos en algunos lugares y con otras personas desempeñaron en la actuación de los mercaderes de la Geniza y en su realidad comunitaria (pp. 294-295). No es la única diferencia historiográfica que se atestigua en el volumen. De hecho, este adopta conscientemente una perspectiva calificable de polémica. Tal perspectiva se presenta en la introducción (sobre todo desde la p. 12), se mantiene en distintos momentos de la obra (por ejemplo, en las pp. 148-150) y queda ratificada en sus conclusiones finales (pp. 337-361). Las discrepancias de Goldberg se orientan hacia dos ejes de la historiografía ya clásica: uno, el de autores que han abordado con anterioridad los mismos documentos de la Geniza (Goitein, Greif y Udovitch); dos, el de quienes han proporcionado modelos trascendentes de interpretación global de la historia mediterránea (Pirenne, el propio Goitein, Braudel o Horden y Purcell). Frente a ambos ejes, las propuestas de nuestra autora matizan o discuten totalmente fenómenos como el eurocentrismo, las comparaciones que contrastan para la sociedad medieval la «formalidad» europea con la «informalidad» del mundo islámico, la concepción de un Mediterráneo de rasgos eternos y caracterizado demasiado mecánicamente como unidad económica integrada y de conectividad ilimitada, o la tentación de simplificar el problema de la identidad de los mercaderes y vertebrarlo solo en torno a la religión (no se olvide que los comerciantes estudiados en el libro son judíos). Al final, esta identidad no era una simple cuestión de nacimiento o de afiliación religiosa, sino que era una «construcción situacional» (*a situational construct*, p. 45).

Como se observa, la utilidad de los planteamientos de Goldberg supera con mucho la realidad concreta que afrontan (el comercio del Mediterráneo oriental en el siglo XI), puesto que ofrecen sugerencias que son cotejables con las experiencias de otros tiempos y espacios. Ella misma llega a apuntarlo, a través de las comparaciones que establece ocasionalmente con situaciones posteriores de épocas medieval y moderna, referidas en especial a Italia (como en las pp. 37, 54-55, 337 o 357-360). Así, en conclusión, creo que esta obra adquiere gran interés en general para los investigadores de la economía sobre todo de la Edad Media, y, aparte, ratifica una vez más las prácticamente inagotables posibilidades de lectura e interpretación que continúa brindando la historia del mundo mediterráneo.

DAVID IGUAL LUIS
Universidad de Castilla-La Mancha